

liberales para promover colisiones y escándalos; ella, finalmente, expuso en la picota de la vergüenza pública á los obispos que mantenían relaciones con bailarinas, á las damas que tenían su renta principal en el producto de los lupanares, á los cortesanos que se presentaban en las fiestas palaciegas sin más traje que la histórica hoja de parra, á los que llevaban á sus hijas para que se perdieran en los jardines de Windsor con el príncipe de Gales y sus compañeros de orgía, y á todos aquellos que ofrecieron sabroso pasto á la mordaz y cáustica sátira propia del carácter inglés, serio y formal, pero que, como ha dicho un escritor francés, de labios adentro es capaz de reirse de sí mismo.

Y en verdad que pudo hacerlo cuando la furia por las especulaciones y la fiebre de explotaciones y compañías se apoderó de aquella Inglaterra tan prudente y tan práctica: cuando el contagio de las aventuras rentísticas de Law llegó hasta el punto de fundarse en Londres compañías para cebar puercos é importar mulas á España, cuando se crearon sociedades para educar hijos ilegítimos y curar la gota, cuando se pretendió resolver por la asociación el movimiento continuo, y hubo presbítero que propuso explotar la tierra de Ofir y hasta el gobierno pensó en amortizar la deuda valiéndose de una sociedad por acciones, ¿como no habia de cebarse la sátira en aquella mezcla de estúpidos y pillos que parecia constituir la sociedad inglesa? Cuando despues de las locas desvirtuaciones del crédito, las acciones que habian subido mil por ciento en una semana, quedaban en un dia más bajas que la temperatura del polo, y los cajeros se fugaban y los estafadores huían á Norte-América, ¿cómo habian de faltar caricaturas?

El hombre es siempre víctima del ridículo cuando merece serlo y en verdad que lo mereció grandemente en aquel país y por aquellos tiempos.

## VI

Si la caricatura es en Inglaterra esencialmente política, es en Francia eminentemente social; las costumbres, las modas, las preocupaciones sociales, las aberraciones todas del entendimiento han sido siempre y son allí ridiculizadas con un acierto y una gracia propia exclusivamente del pueblo francés; el sentido cómico está

allí más desarrollado que en parte alguna. Esa sátira delicada y fina que brota espontáneamente de los labios, como atraída por todo lo risible, es indisputable privilegio del carácter francés, que encuentra en el idioma mismo un aliciente poderoso y un medio muy adecuado de expresion.

La literatura francesa presenta en todas las épocas de su historia pruebas de nuestro aserto, el poema del Zorro, las obras de Rabelais y de Boileau, las de Piron, Scarron, Molière y tantos otros que bajo distintos aspectos y desde diferentes puntos de vista han considerado lo cómico, demuestran la importancia de este elemento artístico en aquel pueblo. Por otra parte, la sociedad francesa se ha prestado siempre y en alto grado al ridículo: el espíritu aventurero y caballeresco de la Edad Media, el desorden de ideas producido por el Renacimiento, la corrupcion más ó menos esplendorosa del siglo décimo-sétimo, las violentas conmociones que precedieron á la Revolucion, las aspiraciones de ésta primero, sus triunfos luego, sus desórdenes y su decadencia más tarde, los sueños de dominacion universal que inspiró el Imperio, la caída del coloso que le fundó, la Restauracion de la llamada monarquía legítima, aquella otra monarquía de Julio, verdadero entronizamiento de la mesocracia, la segunda República con sus aspiraciones comunistas, y el cesarismo socialista del segundo Imperio han impreso á la sociedad francesa con sus contradicciones y sus luchas, con sus aspiraciones y sus triunfos, sus victorias y desfallecimientos, un sello de jovial excepticismo siempre dispuesto á desconfiar de todo, á combatirlo todo con la risa, á hacer burla de todo y á oponer siempre, cuando oprimido, á la fuerza la sátira y al despotismo, esa sonrisa de incredulidad en cuanto no sea la libertad y la justicia.

La época de mayor grandeza para Francia, y tambien de mayor corrupcion, tuvo aquellos grandes poetas satíricos, á la vez producto, reflejo y castigo del estado de la sociedad. Piron, que con la *Metromania* atacaba la tendencia literaria de su tiempo; Molière, gran revolucionario en la esfera del arte, que libertó al teatro de la opresion del clasicismo degenerado; Boileau, que declaró guerra sin tregua á los académicos de Luis XIV; Scarron, que combatió por la moral cuando las grandes cortesanas eran las señoras de Francia; Rabelais, que fué para las comunidades reli-

gias lo que Cervantes para los libros de caballería, y Beaumarchais, que antes de la revolución entró en los palacios por la fuerza de su talento, como había de entrar después el tercer estado en los alcázares del poder, mantuvieron y desarrollaron en su patria el gusto hacia lo cómico, dándole, como arma social y como elemento artístico, una vitalidad extraordinaria y superior á la que gozó en otros pueblos.

*El carácter francés se apodera al momento del aspecto ridículo de las cosas más serias, decía Voltaire; el ridículo ha adquirido tal fuerza en Francia que es hoy el arma más terrible que puede esgrimirse, han añadido Bernardino de Saint-Pierre, la Stael, y el conde de Segur, y en distintas formas y con diversas palabras lo han dicho también muchos escritores notables, no sin que alguno como D'Alambert le tuviese por más enjendrador de males que productor de beneficios.*

Siendo tal y tan grande en Francia la importancia de la sátira escrita, lógico es que siempre haya gozado de igual poder la sátira dibujada, respecto de la cual durante la Edad Media ya hemos dicho algo, y de la que ahora vamos á ocuparnos en tiempos posteriores. Pero hagamos antes constar que no por que la caricatura francesa haya combatido contra las costumbres, ha perdido de vista la política: y aun no deja de ser digna de estudio la circunstancia de que, al contrario que la caricatura política inglesa, la producida en Francia, lo ha sido durante los tiempos de la libertad, mientras que en Inglaterra fué engendrada por la recrudescencia de los sistemas autoritarios. De aquí, que haya una gran diferencia entre la caricatura política de uno y otro pueblo; pues en tanto que en uno los dibujantes dados á este género tenían que luchar continuamente y luchaban con gran libertad, en el otro, todo ataque al poder, les estaba prohibido y era duramente castigado.

A pesar de esto, la primer caricatura política que de los tiempos modernos se conoce, es francesa; lleva por título *Las pérdidas del juego del suizo*, y data de 1499. Luis XII, que apenas acababa de subir al trono y compartirle con Ana de Bretaña, pensó conquistar á Nápoles, ensanchando de tal suerte sus dominios; más hubo antes de luchar con grandes obstáculos y vencer la resistencia que á tal proyecto oponían varios de los monarcas y potencias de Europa, principalmente los suizos, que, tal vez apoyados por Ingla-

terra y los Países-bajos, fueron en un principio refractarios á la realización de la empresa meditada por el rey de Francia.

A esta oposición se refiere la caricatura que nos ocupa. Hé aquí cómo la describe Wright: «Reunidos en torno de la mesa de juego están los príncipes más interesados en la cuestión; á la derecha, el rey de Francia frente al suizo y junto al dogo de Venecia, que está colocado cara al espectador y que fué aliado de la Francia contra Milán. Luis XII dice que tiene en la mano buen juego, el suizo reconoce su mala suerte, y el dogo deja caer sus naipes sobre el tapete. El rey de Francia ha ganado de hecho la partida. En el rincón de la derecha Enrique VIII de Inglaterra, á quien distinguen los tres leones de su blason, conversa animadamente con el Rey de España. Detrás de él está la infanta Margarita, guiando el ojo al suizo para darle á entender el juego que tienen sus adversarios. Junto á la princesa está el duque de Wurtemberg y delante de éste el Papa Alejandro VI aliado del rey de Francia cuyo juego no consigue ver por más esfuerzos que hace. Detrás del dogo está refugiado el italiano Trivulcio, hábil general mantenedor de los intereses de Francia. A la derecha del dogo, el emperador que tiene en la mano otra baraja y parece regocijarse creyendo haber desconcertado el juego de Luis XII. En el fondo, á la izquierda, el conde Palatino y el marqués de Monferrato esperan el resultado definitivo: por cima del último de estos aparece el duque de Saboya, que por entonces apoyaba el proyecto del francés. El duque de Lorena sirve de beber á los jugadores, mientras el duque de Milán que por entonces representó un doble papel, recoge los naipes caídos al suelo á fin de componerse un juego propio. Luis XII ejecutó su designio; el duque de Milán Luis Sforzia, apellidado el Moro, jugó mal, perdió su ducado y murió prisionero.» Esta sola descripción basta para comprender que la caricatura en cuestión, hecha indudablemente por quien estaba muy al tanto de las intrigas de la diplomacia, no debió ser la primera ni tampoco la única producida en su tiempo: es demasiado buena para ser la primera. El dibujo, aunque no correcto, es firme y seguro; la composición clara y desembarazada, á pesar de su complicación, y las figuras están hechas con intención, especialmente las del infame Alejandro VI, la del dogo de Venecia y la del duque Milán. Cuando de tal suerte se entregaban á la publicidad y eran objeto de la caricatura los más graves

actos de un monarca, es seguro que debieron ridiculizarse también otras empresas de los diferentes gobiernos de Europa y que la voz de los pueblos, hartos ya de ser juguetes de unas cuantas familias, encontró eco en la imaginación de algún artista que dió forma á las quejas de los descontentos. ¡Siempre el arte fué y será en la vida de los pueblos y en su historia el centinela de la libertad!

De la primera mitad del siglo XVI data otra caricatura francesa denominada *Los tres órdenes*: colocados sobre una esfera, que parece representar la tierra, un obispo, un noble y un labriego reciben cada uno el símbolo de su poder; el primero la Biblia, el segundo la espada y el último la hoz.

La liga, formada en Francia durante el siglo XVI por la burguesía municipal y católica para combatir las aspiraciones armadas de la reforma calvinista, dió margen á algunas caricaturas contra aquel Enrique III que murió á sus manos: en una de ellas figuran, además del rey y el ejecutor de sus justicias que tiene en las manos las cabezas de los Guisas, el favorito D'Épernon que, según es fama, aconsejó aquel crimen, el duque de Borbon y el arzobispo de Blois, ciudad en que se cometió el asesinato y cuyo histórico castillo es el lugar donde se representa la escena.

Otros dibujos de la época se ensañan con *les mignons* de Enrique III, jóvenes afeminados y de costumbres depravadas, alguno de los cuales fué acusado de sodomía, sin que el monarca mismo se librara de tal inculpación: libros enteros se escribieron sobre esto: entre otros *La isla de los hermafroditas* libelo que inspiró sin duda un dibujo en que se atribuye al rey aquel vicio infame.

*La sátira Menipea*, folleto político dirigido contra la liga é impreso en 1594, dió también lugar á algunas caricaturas entre las que merece citarse la publicada con este título: *La singerie des états de la Ligue* (*singerie*, reunión de monos, palabra con que se substituyó *seigneurie*, señoría, tratamiento que aquellas Asambleas tenían): los diputados de Reims, Poitiers, Lyon y Orleans, que gozaban de gran influencia, el presidente, los músicos que amenizan la reunión y las damas que asisten á ella, tienen todos cabezas de monos.

El triunfo de Enrique IV y la derrota de la liga, produjeron varios dibujos cómicos que representan el nacimiento, decadencia y efectos de aquella coalición personificada en un monstruo espanta-

ble, mezcla de zorro, lobo y serpiente, que lucha y es vencido por aquel bondadoso monarca que pelea bajo la forma de un león.

Durante el reinado del primer Borbon francés y su sucesor Luis XIII, la caricatura desaparece casi por completo, y cuando bajo la dominación de Luis XIV la voluntad real fué la ley del Estado, nadie se atrevió á zaherir tampoco á aquel rey que se representaba como á Apolo, y á quien la adulación atribuyó todas las perfecciones. La caricatura se refugió entonces en Holanda y de allí salieron todos los ataques dirigidos al fastuoso monarca de Versalles. Un artista, bajo muchos conceptos notable, Hooghe, empleó su buril y su lápiz en hacer cruda guerra á Luis XIV, á quien presentó cuando el eclipse de 1706 oscurecido por la reina Ana á quien colocó en lugar de la luna. Los autores franceses contemporáneos de aquel rey y aquel artista dicen que fué éste hombre de costumbres relajadas y que por su mala conducta fué desterrado de La Haya, su patria; mas es lo cierto que la crítica no ha podido aun confirmar aquellos asertos y que á pesar de ellos Hooghe fué el primer caricaturista de la Holanda y uno de los artistas que más han trabajado por la libertad. El reinado de Luis XIV y la Regencia en Francia, la Revolución inglesa y las locas especulaciones mercantiles de que ya hemos hablado, le inspiraron gran número de dibujos notables: en uno de ellos un tambor y un trompeta recorren los Países-Bajos pidiendo á voz de pregon en nombre de Luis el Grande las plazas fuertes que éste perdió cuando empezó á menguar su estrella.

Durante el reinado de Luis XV desaparece la caricatura, como toda libre emisión del pensamiento, y lo mismo sucede en aquellos años del reinado de Luis XVI, que precedieron á la gran Revolución. No sería ciertamente de este lugar ninguna extensa reflexión política respecto á aquel gigantesco movimiento que deramó por Europa entera los beneficios de la idea nueva, pero como los dibujos satíricos eran enjendrados por los sucesos del día, é inspirados por ellos, y como la relación de aquellos acontecimientos, que nadie ignora, nos llevaría muy lejos, permitásenos que á grandes rasgos nada más recordemos la epopeya de la libertad.

Una monarquía semejante á los troncos viejos, fuertes en apariencia pero realmente carcomidos y prontos á ceder al primer viento de la tempestad; una nobleza que cubría con el lujo y el

fausto material de las riquezas la pobreza de su degenerado espíritu; un clero instruido para el mal, pero ignorante é incapaz del bien, licencioso, rapaz y cortesano; un pueblo miserable y vejado hasta un punto increíble en los campos, y hecho testigo y casi cómplice de la perversión moral en las ciudades, eran los elementos que constituían la nación francesa cuando subió al trono el que había de morir en el cadalso, como mártir según unos, como traidor infame según otros, en realidad como víctima expiatoria de las culpas de sus antepasados. Allá, en el fondo de la sociedad, ocultos por la escoria y el fango de la superficie, algunos hombres en cuyo corazón cayó como semilla de salvación la palabra de los grandes filósofos; entretenida la corte en sus palacios y sus jardines, regaladas las tropas, mimado el clero, convertidas las rentas en botín de aventureros, cortesanos y pillos, débil y falso el rey, altiva é intrigante la reina, corrompidos los ministros, pero hartos todos, llegó una hora en que el pueblo hambriento reclamó sus derechos, quiso intervenir en sus propios destinos y, primero con esperanza, luego con infantil credulidad, temeroso más tarde, decidido y arrojado á lo último, luchó, venció y abusó del poder que conquistó en su triunfo. La familia real, la nobleza y el clero hicieron causa con los extranjeros contra su propia patria, y entonces, cuando Francia se vió al mismo tiempo amenazada y débil, arrojó á los aliados la cabeza de Luis Capeto y entronizó á la Diosa Razon bajo el sòlio del derecho divino. Los grandes cataclismos sociales se asemejan mucho á los grandes trastornos de la Naturaleza: la revolucion fué primero arroyo prisionero en estrecho cauce que pugna en vano por dilatarse y extenderse; acrecentada la corriente alzó su superficie para fecundizar la tierra, y amontonados á su paso los obstáculos rugió en vano preso entre las peñas y los diques; convertido en torrente, precipitó la marcha de sus ondas sin que nada pudiera contenerla, y dominado al fin por su propio impulso, ya convertido en anchuroso río de profundo lecho, saltó sobre las tierras y anegó aquellas mismas márgenes que pudo haber fertilizado. Culpa fué de aquellos que intentaron detener su curso.

Dos periodos comprende la revolucion: el de la lucha y el del triunfo; durante el primero la caricatura francesa es la expresion de la confianza y la esperanza popular; despues de la victoria es el reflejo del desbordamiento de los rencores y la pintura de las con-

vulsiones sociales que agitaron á Francia á la vez combatida en el interior por la anarquía ó la dictadura revolucionaria, y en el exterior por las intrigas de los aliados y la emigracion.

Veamos primero algunos de los dibujos que cita Champflury relativos á aquella primera fase de la Revolucion. *El nivel nacional*, á cuya altura llega la figura del estado llano, pero que sobrepasan las cabezas del clero y la nobleza: *La prensa del clero*, estampa en que varios hombres del pueblo oprimen entre tablas, y á merced de un torno, á varios curas que arrojan por la boca el dinero robado al pobre: *¡Abajo los impuestos!* lámina en que el pueblo lucha con una hidra, cuyas cabezas son las diferentes contribuciones que pagaba el estado llano: *Tres en uno*, figura del tercer estado vestida á la vez con sus propias ropas y con las de la nobleza y el clero: *Sin cumplidos*, composicion en que un labriego brinda á que beban en su mismo vaso y de su mismo vino, á varios nobles y prelados: *Mane thecel phares*, banquete celebrado por las altas clases sociales, mientras la mano de la Revolucion escribe en la pared del salon la profecía de la muerte de los privilegios y las inmunidades: *El francés de antes y el francés de ahora*, paralelo entre el siervo y el ciudadano, entre el esclavo y el liberto, el de antes débil y miserable, el de ahora fuerte y poderoso: *¡Espera!* el dibujo quizá más intencionado de cuantos en aquella época se hicieron; un hombre encarcelado en oscuro calabozo, ve entrar en su prision un rayo de luz que llena de esperanza su corazón y de alegría sus ojos: *El entierro del Señor de los Abusos*, estampa en que Necker y el rey, aún no malquistado con el pueblo, levantan á Francia del suelo donde yace desangrada; y finalmente, las caricaturas dirigidas sin rebozo alguno contra la aristocracia. Merecen citarse entre estas dos que retrataban fielmente la animosidad y el desprecio que hacía ella sentían ya los reformadores. Titulase una *¡Atrás la nobleza!* y representa un hombre del pueblo cortando el paso á una dama lujosamente ataviada al gusto de su tiempo y montada en un pavo real ménos ufano y orgulloso que ella: la otra es el *Nacimiento de la aristocracia*, cuyo origen, según la estampa no es de lo más limpio; el diablo se ha echado una lavativa y la deposicion que origina ésta es el gérmen de aquel elemento social.

Mientras la Revolucion fué la lucha de las ideas y las aspiraciones, estas fueron el objeto de los dibujos satíricos escaseando

mucho, por tanto, las caricaturas personales: los hombres de poderosa influencia, la inspiraron sin embargo algunas veces, y uno de estos fué Sieyes, á quien un grabado nos presenta de talla colosal, paseando por delante de las Tullerías hasta tal punto empequeñecido por el artista, que su último piso apenas llega al tobillo del gran publicista.

No hubo suceso importante ni alteracion política de alguna cuantía de que el sentimiento cómico no se apoderase; el *veto* fué representado por el demonio, puesto al servicio de la monarquía, y las ambiciones del duque de Orleans, figuradas en un monton de barro, en que aquel está caido mientras uno de sus secuaces trabaja inútilmente por jabonarle y dejarle limpio de inmundicia.

*El calculista patriótico*, es un grabado que demuestra ya cómo la resistencia que á la Revolucion opusieron los viejos poderes fué desarrollando en los revolucionarios la creencia de que sólo á fuerza de sangre conseguirían sofocar la audacia y las maquinaciones de los cortesanos; un ciudadano trabaja ante una mesa cargada de cabezas humanas y, con la pluma en la mano, echa sus cuentas para saber si tiene ya bastantes, ó si necesita cortar más para asegurar su tranquilidad. Hemos visto en la Biblioteca nacional de París un ejemplar de este dibujo, y en verdad que no pueden personificarse mejor en una figura las ideas que combatian á Francia poco antes que la Revolucion se desbordase: aquel hombre de frente serena y tranquilo aspecto, que en su cuarto de estudio piensa en la sangre que habrá de verter para asegurar su porvenir, es la Revolucion misma, á su pesar arrastrada por la violencia y convencida de que ha de perecer, ó ha de matar para vivir; es la razon vencida por los hechos, la primera chispa del Terror.

Uno de los hombres más dignos de estudio de cuantos brillaron por aquellos años, Camilo Desmoulins, fué tambien caricaturista ó por lo ménos debió inspirar dibujos satíricos. Su periódico *Las revoluciones de Francia y de Brabante*, aquella hoja caústica y mordaz que atacó al poder real con un brió y una decision admirables, publicaba en cada número una viñeta cómica en que zahería á los partidarios del antiguo régimen, y abogaba por la promulgacion de la República cuando eran todavía muy pocos los que pensaban en esta forma de Gobierno: "en 1789, decia el mismo Camilo, no éramos en Francia diez los republicanos."

*Las revoluciones de Francia* dieron á luz algunas caricaturas contra los prelados, las monjas, los curas, los nobles y en general contra los enemigos naturales de la causa que defendian en sus columnas. Mirabeau calificó de subversivo el periódico, y entonces este presentó al gran orador en un dibujo titulado *el tonel-Mirabeau*, formado por una pipa el cuerpo, por barriles más pepueños los muslos, las piernas por botellas y los brazos por jarros. Pero en verdad, que no estrañaria á los lectores esta intencionada sátira en un periódico cuyos ataques á todo lo anti-revolucionario fueron vigorosos y enérgicos. Cuando empezó el proceso de Luis XVI *Las revoluciones* publicaron un dibujo en que varios animales feroces, con la cabeza de la reina prestaban sus declaraciones, y poco despues otra viñeta en que un cerdo, sentado en un trono, escribia en un pliego de papel las palabras *veto, destituido!* que varios gatos leian con el rostro compunjado.

Si, como vamos viendo, los liberales no dejaban pasar ocasion ni desperdiciaban suceso que pudiera servirles de arma contra los realistas y los cortesanos, estos por su parte no dejaron tampoco de defender sus privilegios y sus abusos en los *Actos de los apóstoles*, hoja destinada á elogiar la conducta de la córte y que tambien publicó caricaturas. Una de ellas titulada *Apertura del club de la revolucion* nos ofrece á Thouret, la Stael, Taillerand, el abate Gregorio, y otros muchos, todos enanos, viendo como Sieyes sube por una escalera á entregar una Constitucion á Target, que baila en la cuerda floja, mientras Theroigne de Mérecourt dirige la orquesta que ameniza el espectáculo.

Uno de los dibujos más dignos de citarse entre los que dieron á la estampa los realistas, nos presenta á la Constitucion arrastrada hácia un precipicio en un carro de que tiran la guerra, la bancarota y un jacobino: en vano Sieyes trata de hacerla volver de su desmayo, mientras el hambre, el sacrilegio, la cólera, la envidia, la lujuria, la desesperacion y la peste, corren detrás del carro á precipitarse tambien en el abismo.

El cura de la parroquia de San Sulpicio de París, se habia hecho notable por sus sermones contra las nuevas ideas y especialmente contra los hombres que las sustentaban; la caricatura no dejó pasar sin correctivo la audacia del presbítero y, poco despues le hizo figura principal de un grabado al agua fuerte en que aparece pre-